

Domingo XXII. Año C

Lectio divina sobre Lc 14,1.7-14

Siempre en camino hacia los hombres, sin casa propia en la que descansar, Jesús solía acudir donde quiera le invitasen. Era huésped de personas influyentes lo mismo que de notorios pecadores; a nadie negaba su compañía, ni el evangelio de Dios. Hoy el pasaje evangélico nos recuerda una de esas ocasiones; un importante fariseo le había convidado a comer un sábado. Su presencia en casa de un fariseo importante despertó cierto revuelo entre los asistentes, que no dejaban de observarlo. No tardó él en advertir cómo los invitados buscaban los mejores puestos disponibles: todos se creían dignos de mayor distinción. Una actitud tan desconsiderada le movió a darles una lección. En realidad, Jesús no pretendía enseñarles buena educación; no era su papel hacer de maestro de buenas costumbres. Quiso, más bien, descubrirles la malicia de un comportamiento que busca el honor propio antes que la honra de Dios y el respeto al prójimo. Y añadió una oportuna advertencia: no se deben hacer favores motivados en la secreta ilusión de ser recompensados.

¹Un sábado, entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiondo.

⁷Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola:

⁸«Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; ⁹y vendrá el que os convidó a ti y al otro y te dirá: "Cédele el puesto a éste." Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. ¹⁰Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: "Amigo, sube más arriba." Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. ¹¹Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

¹²Y dijo al que lo habla invitado:

«Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado.

¹³Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; ¹⁴dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.»

I. LECTURA: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Por quinta vez Lucas presenta a Jesús huésped de una familia: primero fue un publicano (Lc 5,29), luego un fariseo (Lc 7,36), después, Marta y María (Lc 10,38) y otro fariseo (Lc 11,37); ahora, uno de los principales fariseos (Lc 14, 1). El hogar familiar y comer en común son 'cátedra' de un Jesús cercano a los hombres, se lo merezcan o no. Llama la atención que se deje invitar más por fariseos que por amigos o discípulos. En esta escena el narrador da una razón: aunque la invitación era a comer, la intención verdadera era la de acecharlo. Jesús no está, pues, entre amigos, pero no se amedrenta, ni los evita. Se les muestra como lo que es, maestro de vida.

Y es un simple detalle observado (Lc 14,7), un hecho de vida que quizá por repetido se haya vuelto irrelevante para muchos, lo que le da pie a una inesperada lección, o mejor dos. Jesús argumenta con la vida para corregir un comportamiento que da por habitual. Aunque Lucas presente las palabras de Jesús como parábola, son en realidad una doble instrucción de tipo sapiencial. La primera parte va dirigida a todos los invitados; la segunda, sólo al que los invitó.

A los invitados se les indica cómo comportarse en la elección de los lugares (Lc 14,8-11). Al que invita, cómo debe hacer la selección de las personas (Lc 14,12-14). En ambas, se va contra lo que se ve como normal y parece lógico. La primera enseñanza parece una simple lección de cortesía, con una cierta carga de cálculo y astucia (Prov 25,6-7). Pero la conclusión eleva la anécdota a principio de vida: buscar la gloria propia es la vía para quedarse sin ella (Ez 21,31). Más exigente, e inusitada, es la lección que da a quien invita: es un increíble, e poco razonable, llamamiento a la generosidad y al desinterés. Quien invita ha de elegir a quien, por ser pobre de solemnidad, es socialmente insignificante y insolvente. Quien hace el bien debe renunciar a esperararlo. Los que dan sin esperanza de ser reconocidos hoy pueden esperar su recompensados el última día.

II. MEDITACIÓN: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús enseñaba siempre. La mayoría de las veces elegía él a sus oyentes, otras lo buscaban para escucharlo, y, como recuerda hoy el evangelio, no siempre con buena voluntad. Incluso cuando era mal visto o acechado, Jesús predicaba el evangelio. Quien lleva el evangelio y a Dios en el corazón, no desperdicia ocasión alguna para hablar de su 'tesoro'. No tiene que estar entre los suyos, bien acogido, para ser lo que ha sido llamado a ser y hacer aquello para lo que fue enviado. ¿No se necesitan hoy evangelizadores que, como Jesús, hablen de Dios donde no se habla bien de ellos? Dios merece ser anunciado, incluso donde su representante no es bien recibido.

Y para encontrar 'temas' sobre los que hablar de Dios a gente no bien dispuesta, no hace falta mucho saber previo ni análisis de las posibilidades; bastará con observar cómo se comportan. En la actuación del oyente del evangelio descubre el evangelista perspicaz qué debe anunciar como salvación, pues aquel a quien Dios le falta deja entrever su vacío y la soledad con la que vive. ¿No será que no 'fijamos' mucho nuestra mirada en nuestro mundo, que no lo contemplamos de cerca pues no nos es amigo, por lo que nos faltan motivos para hablarle de Dios? Nuestra inadvertencia e incuria personal le está privando de sentirse contemplado por Dios y de Él amado.

Pues bien, invitado a una comida, Jesús observa el comportamiento de los invitados y de él toma pie para su enseñanza; no pretende con ella dar una lección de buenas costumbres, sino aprovechar la anécdota para exponer las normas que deben regir las relaciones entre los hombres. Algo tan simple, y tan repetido, como el deseo evidente de ocupar los primeros puestos en un banquete brindó a Jesús la ocasión para evangelizar. No necesitó de mejores motivos. A quien tiene ganas de evangelizar, nunca le faltarán ocasiones. El invitado no debe considerarse digno de la invitación, puesto que ha de ser siempre indebida; ni tiene que buscar puestos que no le hayan sido confiados, porque no se mereció la hospitalidad recibida; la invitación es don inmerecido, no salario debido. El que invita no debe calcular si su actuación se verá recompensada un día por sus huéspedes; la invitación debe ser oferta gratuita, no inversión a largo plazo; invitando a quien no puede pagarle, será Dios el encargado de resarcirle. En ambos casos, el comportamiento de Dios, que invita a todos - y sin que todos lo merezcan -, y que, además, invita sin esperanza de que todos puedan recompensarle, es la razón del comportamiento alabado por Jesús; según él, los hombres deben copiar el comportamiento divino en las cosas ordinarias de la vida.

Hay que admirar la valentía de Jesús que se pone a enseñar a quien no se lo ha pedido. Aunque la ocasión no fuera la más propicia, rodeado como estaba de personas que no dejaban de espiarlo, ante un espectáculo tan triste reacciona seguro de sí mismo y desvela la necesidad de quien sólo piense en acumular honores que ha de robar a su prójimo. Nosotros, de haber sido invitados, probablemente hubiéramos simulado no ver o intentado disculpar semejante comportamiento, si es que no hubiéramos caído en él. Si Jesús no deja pasar lo sucedido es porque ve en ello algo más serio que una simple carrera por obtener privilegios a cualquier coste. Y la advertencia que les hace va mucho más allá de lo que ha contemplado: pueden perderse a Dios, quienes se creen más dignos. Hacer el bien a quien nos lo puede pagar, no es buen negocio, pues nos haría perder la dicha en el reino.

La parábola, aunque parece aludir a cuanto está viendo Jesús en casa de su huésped, se refiere, en realidad, a la relación del creyente con Dios. Pudiera parecer que Jesús da útiles consejos a invitados y a su anfitrión; en realidad, está hablando de Dios y de su querer. El comportamiento de Dios, que invita a todos, sin que todos lo merezcan, y que, además, invita sin esperanza de que todos puedan recompensarle, es la razón del comportamiento alabado por Jesús. Según él, los hombres deben copiar el comportamiento divino en su vida ordinaria. Como el hijo imita al padre, así el creyente debe conocer y reproducir las opciones de Dios. El hecho observado le sirve, pues, de excusa para corregir la tentación de los buenos de creerse mejores, más dignos, sólo porque hay otros peores, menos honrados. No conviene que frente a Dios los buenos se distingan por apetecer lugares mejores de los que han recibido. Haber sido convidado es ya honor suficiente; tener a Dios como anfitrión es bastante ya para vivir satisfecho. Que Dios haya pensado en uno, dándole un puesto en su fiesta, ha de bastar para calmar nuestra necesidad de gloria y poder. Ante Dios no somos buenos por el lugar que ocupamos ni por el bien que hacemos o nos merecemos; es Dios quien nos hace buenos, invitándonos a gozar de su compañía y de su mesa. Anhelar otros bienes es hacer malos los ya concedidos; buscar mejores puestos es considerar no muy buenos los que Dios nos ha asignado.

Quien no se merece la hospitalidad que recibe, no tiene que buscar puestos que no le hayan sido confiados. La invitación es don inmerecido, no salario debido. Cuando recibimos un don y lo consideramos debido, perdemos la ocasión de sentirnos agraciados y de responder agradecidos. Buscarse el puesto en la vida que uno piensa merecer es vivir sin conocer la gracia de ser invitado. Convivir con otros impone vivir con humildad, aceptando lo que uno es, conformándose con el lugar que le corresponde, reservando los restantes para los demás. La iglesia hoy, nuestras comunidades siempre, necesitan de cristianos que se contenten con ocupar lo que se les ofrece sin ansiar lo que está destinado a otros. Sin humildad no es posible experimentar gratuidad ni vivir en común. Ser humilde es aceptar de buen grado lo que Dios, a través de la vida, piensa darnos; desear algo mejor nos hace infelices hoy y mañana quedaremos humillados.

No contentarse con lo que Dios ha dispuesto para nosotros sería, además, una afrenta que se le hace; como el desconsiderado invitado que, no descansando hasta mejorar de posición, deja en mala posición a quien le convidó, así tratamos a Dios cuando, no gozando de la invitación que nos regala, perseguimos alcanzar privilegios, quizá más apetecibles porque honrosos, pero que Dios no los pensó tan buenos como para concedérselos a nosotros. El riesgo que corren los buenos que se lo creen es pensar que aún Dios no lo ha sido suficientemente con ellos o que se merecen más; acabarán, como ya lo ha advertido Jesús, por caer en el ridículo de verse despojados de cuanto usurparon. Lo que de Dios recibe el creyente es ya bueno en demasía; apetecer otros honores, mejores puestos, más dignidad es intentar hacer malo a Dios y a cuantos comparten con nosotros sus dones y su compañía.

Quien se sabe amado por Dios queda liberado de la vanagloria y de la envidia. No necesita de triunfos o reconocimientos para saberse valorado sobre manera y apreciado sin medida; podrá renunciar a la búsqueda de honores, que habría de

lograr negándoseles a su prójimo, y no le será penoso soportar que los demás reciban honras que él no conoce quien conoce que Dios le estima. Al creyente le basta estar seguro del amor que Dios le tiene para no tener que ambicionar mayores privilegios ni mejor fortuna. Probablemente la insatisfacción con que vivimos nuestra vida cristiana, la desazón que nos causa convivir con personas que lograron más o viven mejor, nace de la escasa conciencia que tenemos del amor que Dios nos brinda. Si confiáramos en Él, nos sobraría todo lo que no es Él ni a Él conduce.

En casa del fariseo Jesús no restringe su enseñanza a unos invitados desaprensivos; sin acudir a parábolas, para que quede más clara su postura, advierte al anfitrión sobre el peligro de invitar a quienes se lo puedan agradecer. Contra toda lógica, y en contradicción con lo que solemos hacer, Jesús piensa que la invitación debe ser oferta gratuita, no inversión a largo plazo; invitando a quien no puede pagar, Dios se responsabiliza de compensar; quien da a quien no le puede restituir, tiene en Dios al encargado de. No parece ser norma 'razonable' de conducta regalar a quien, además de no merecerlo, no está en condiciones objetivas de devolver el favor; hacer el bien a quien no podrá ser bueno con nosotros es un derroche sin sentido, incalculable mal. No es esto lo que piensa Jesús: la gratuidad más absoluta ha de reinar en relaciones interpersonales de quienes que esperan el reino y a Dios. Su certeza de que están por venir les libera del deseo de ser reconocidos: el bien hecho a sabiendas de que no se va a pagar por él, el don que se regala libre de intereses y sin necesidad de restitución hace bien a quien lo hace, lo hace bueno. Y más decisivo aún, promete Jesús, el bien bien hecho tendrá recompensa un día, el día de la resurrección de los justos. El Dios bueno es incapaz de olvidar a quien ha hecho el bien porque sí, gratuitamente.

La lógica de Jesús no puede ser más evidente, pero las exigencias que se derivan son del todo inusitadas. Es normal que quien ha sido invitado una vez se sienta, a su vez, obligado a invitar; lo hacemos todos; evitarlo sería mala educación, cuando no simple ingratitud. A ninguno de nosotros, en cambio, se le pasaría por la cabeza convidar a desconocidos o, mucho menos, a mendigos, enfermos e impedidos; éso es, precisamente, lo que Jesús inculca a su huésped: si convida a quien va a resarcirle de su esfuerzo, la deuda de su bondad no perdura, su generosidad ya se ha visto recompensada; sólo cuando no se nos pueda devolver el bien realizado, atesoramos ganancia en el reino de los cielos. Jesús quiere que quien hace el bien, sepa bien a quién lo hace; los pobres, que nada tienen, los impedidos, que no pueden disponer de cuanto tengan, han de ser preferidos a familiares y amigos, de los que siempre se espera igual trato e idéntica generosidad.

Semejante norma de conducta, llevada con rigor a la práctica, pondría en peligro la vida social y la paz familiar, algo que Jesús, ciertamente, no promueve. No desea llenar nuestras casas, en los momentos de mayor intimidad o en sus mejores días, de desconocidos o menesterosos. Pero ello no significa que sus palabras no sean norma de vida cristiana. Lo que quiso ver en su huésped es cuanto quiere encontrar en sus discípulos: generosidad sin cálculo y desinteresado altruismo. Hacer el bien no puede convertirse en una inversión a corto plazo; la bondad no se siembra para que produzca beneficios seguros; buscar reconocimiento y recompensas porque se ha sido bueno significaría perderse la oportunidad de conocer la bondad de Dios. Quien es bueno para que se lo reconozcan o se lo paguen, pierde el salario que Dios tiene preparado para los buenos.

Hacer el bien sin endeudar a quien se lo hacemos es lo que espera Jesús de los suyos. El cristiano no calcula el bien que hace por los bienes que podrá esperar; invertir bondad es, para él, siempre a fondo perdido. Y para que ni tentación haya de que se cuente con una recompensa, por mínima que sea, habrá que ser buenos con quienes no pueden serlo con nosotros, no porque son malos sino porque no tienen nada bueno. No le parece a Jesús bueno la bondad que no sea gratuita, los bienes que no renuncian a dividendos. Y no lo será tampoco para nosotros; puesto que sólo el bien que renuncia a ser pagado un día es el bien que nos merece a Dios y sus bienes por siempre. No contento con pedirnos que nos contentemos con lo recibido, Jesús nos exige que demos sin esperar reconocimiento. ¿Quién dijo que ser discípulo de Jesús es fácil pasatiempo?